



Comentario de cine

Dios en la máquina: Alex Garland y el rostro divino del algoritmo



Alfredo Gutiérrez Fuentes
@alfredogfuentes

Hay algo que se siente sagrado en el mundo que construye Alex Garland. No sagrado como en devocional, sino sagrado como en incomprensible, aterrador, inmenso. Esa sensación que se instala entre el asombro y el miedo cuando uno mira al cielo demasiado tiempo. Me pasó con *Ex Machina* y volvió con fuerza en la serie *Devs*. Garland, que empezó escribiendo novelas y guiones, se ha convertido en uno de los autores más inquietantes a la hora de hablar del vínculo que une la tecnología con lo divino.

En *Ex Machina* (2015), una IA llamada Ava se convierte en un espejo perturbador para quienes creen tener el control. Un testeo de Tu-

ring disfrazado de fábula sobre el deseo y la conciencia. En *Devs* (2020), Garland estira las cuerdas de esa misma idea, pero ahora no se trata solo de crear vida artificial, sino de descifrar el código de la existencia misma. Forest (Nick Offerman), un personaje que podría ser un apóstolo o un mesías derrotado, dirige un proyecto cuántico. No por curiosidad científica: por duelo. Por fe.

En *Devs*, la historia sigue a Lily Chan (Sonoya Mizuno), una ingeniera de software que trabaja en dicha megacorporación tecnológica llamada Amaya. Tras la misteriosa desaparición de su pareja, Sergei, Lily comienza a indagar en los secretos del proyecto ultrasecreto de la empresa, el laboratorio *Devs*. Lo que empieza como un thriller tecnológico pronto se transforma en una exploración filosófica y existencial, donde cada paso que da Lily la acerca no solo a una verdad científica, sino también a un dilema profundamente humano.



Los protagonistas cargan con un peso emocional y simbólico notable. Lily no es una heroína clásica, de hecho, es delgada en extremo, visualmente muy frágil y su fortaleza está siempre puesta a prueba. En el otro extremo está Forest, el líder del proyecto *Devs*, una figura paternal y mesiánica que oculta ba-

jo su serenidad una herida que lo consume. Ambos encarnan el choque entre dos formas de entender la realidad: la lógica inflexible del determinismo y la necesidad humana de creer en algo más. En ese conflicto, Garland encuentra su centro narrativo.

Mientras muchos usan la inteligencia artificial para ha-

blar del apocalipsis o el progreso, él la usa para hablar de la muerte, del alma, del pecado y del castigo. En *Devs*, el computador cuántico no es una máquina, sino un templo. Y su núcleo dorado, su altar, está bañado en una luz casi mística. Las personas que lo habitan, ingenieros, científicos, directivos no son

técnicos, sino creyentes.

Esa dimensión espiritual está reforzada por algo que a veces se pasa por alto, me refiero al sonido. Garland trabaja con el dúo Ben Salisbury y Geoff Barrow (Portishead), pero en *Devs* incorpora además piezas corales, himnos antiguos, órganos. Algo similar hacía Stanley Kubrick en "Ojos bien cerrados" (1999), donde los acordes repetitivos del piano se volvían oración, amenaza y susurro. El minimalismo musical como recurso litúrgico. En Garland, la ciencia se escucha como una misa.

Tal vez por eso sus obras incomodan a quienes buscan respuestas. Porque en vez de explicarnos cómo funciona la máquina, Garland nos pregunta si estamos listos para conocerla. Si podemos vivir con el conocimiento total. Si existe el libre albedrío o solo estamos atrapados en un bucle divino, donde cada decisión ya ha sido escrita en algún lenguaje binario. En *Devs*, Dios no murió. Solo se volvió código.